

FRANCISCO PIMENTEL, PRECURSOR DE LAS HISTORIAS DE LA LITERATURA MEXICANA

La obra de Francisco Pimentel (1832-1893) se puede considerar como la primera historia sistemática de la literatura mexicana. Sin embargo, por diversas razones, durante el siglo xx quedó de lado en la mayoría de las historias literarias y de la crítica de la literatura en México. Con objeto de entender las causas de esta marginación, comentaremos aquí ciertas ideas literarias y principios estéticos que rigieron la obra de este pionero de la historia literaria mexicana; finalmente, contrastaremos algunas de ellas con las ideas de otro crítico de la misma época, cuyo éxito notable aún llega hasta nuestros días: Ignacio Manuel Altamirano.

El objetivo central de Francisco Pimentel fue escribir una serie de obras de gran alcance sobre las ciencias y las humanidades en México. De este proyecto, cuya publicación se inició en 1885 y que se titula *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días*¹, Pimentel sólo alcanzó a publicar en vida la sección sobre los *Poetas*. Esta obra, que el autor corrigió, aumentó y reescribió parcialmente para una nueva versión editada en 1892², se conoce bajo el título de *Historia crítica de la poesía en México*. La otra parte, correspondiente a la narrativa, se publicó póstumamente, en 1904, bajo el título de *Novelistas y oradores mexicanos*³.

Para dar idea de la amplia erudición y de la gran cultura de este historiador de la literatura mexicana, hay que destacar que Francisco Pimentel fue también un gran lingüista, reconocido den-

¹ *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días*, Librería de la Enseñanza, México, 1885.

² Publicada por la Oficina de la Secretaría de Fomento, México, 1892.

³ En adelante cito de las *Obras completas de Francisco Pimentel*, publicadas póstumamente por sus hijos en México, Tipografía Económica, 1903-1904, 5 ts. Usaré la abreviatura *Obras*.

tro y fuera de México, que describió, analizó, comparó y clasificó las lenguas indígenas del país. Con su obra *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, o tratado de filología mexicana*, Pimentel obtuvo en 1876 un importante premio del Instituto de Francia, asociación que reunía a varias de las academias francesas⁴. Por esa misma época, también fue reconocido en Estados Unidos por el Instituto Smithsonian de Washington y citado en diversas publicaciones de ese país⁵. Además, entre otras obras dignas de mención, escribió un extenso estudio de carácter antropológico sobre los grupos indígenas de México, que —aunque poco conocida— también sería interesante analizar desde una perspectiva actual para entender mejor las políticas mexicanas del siglo XIX en torno a los indios de este país⁶.

El problema del aislamiento en que cayó la historia de la poe-

⁴ Dice FRANCISCO SOSA en su “Noticia preliminar. Vida y escritos de Francisco Pimentel”, publicada en 1903, *Obras*, t. 1: “Invitado á tomar parte en el concurso filológico abierto por el Instituto de Francia —una de las primeras sociedades sabias del mundo— remitió Pimentel los tres tomos de la 2a. edición de su *Cuadro comparativo de las lenguas indígenas de México*. Reunido el Instituto, en sesión de 2 de Junio de 1876 acordó á Pimentel una medalla de oro. Meses después, el corresponsal en París del diario hoy extinto, *Siglo XIX*, decía á este periódico: «Con gran placer hemos visto premiado á uno de nuestros compatriotas en el certamen filológico que ha tenido lugar aquí. La sesión pública anual de las cinco Academias, se efectuó bajo la presidencia del Sr. Bersol, presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, asistido de los Sres. C. Doucet, de Vailly, vice-almirante Paris y Messonier, delegados de las Academias francesa, de Inscripciones y Bellas Letras, de Ciencias y de Bellas Artes, y del Sr. Mignet, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, secretario actual de despacho del Instituto.» El jefe del Secretariado del Instituto, Mr. Fingaud, comunicó oficialmente la fausta nueva al laureado filólogo mexicano, con fecha 18 de Noviembre del citado año de 1876”. Cf. t. 1, pp. xxiii-xxiv.

⁵ Sobre esto, dice FRANCISCO SOSA en la “Noticia preliminar. . .” arriba citada, p. xxiv: “En los Estados Unidos de Norte América obtuvo la obra el mismo éxito brillante que en Europa. Bancroft la utilizó en su libro *The native races of the Pacific States*; el Instituto Smithsonian de Washington obsequió á Pimentel con una colección de obras sobre los idiomas de ese país, acompañada de una muy expresiva carta del Secretario Henry; Hubert Howe Bancroft en el capítulo 17 del volumen 38 de sus obras, califica de admirables las investigaciones de nuestro compatriota; el *Dayley [sic] Union*, el *Evening Bulletin* y otras publicaciones, las elogiaron; y con medalla y diploma fué premiada en Filadelfia”.

⁶ En sus *Obras* (1903), este trabajo se titula *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla*, t. 3, pp. 7-320. Esta obra fue publicada originalmente en 1864, en México, por la Imprenta de Andrade y Escalante.

sía de Pimentel no se debe, pues, a falta de datos pertinentes, de erudición, ni de capacidad de sistematización y de análisis sino, principalmente, al dogmatismo literario que en su época caracterizó a su autor. Como seguidor de ciertas corrientes de la filosofía didáctica de su época, que pretendían que la crítica debía de aprobar lo bueno y señalar y tratar de corregir lo que considerara malo, Pimentel, como otros críticos del siglo XIX, emitió juicios negativos sobre poetas y escritores. Esta severidad contribuyó a su descrédito, ya que muchos de esos autores fueron ampliamente revalorados por la crítica posterior. Por ejemplo, Pimentel condenó la poesía de Sor Juana simplemente porque en su época prevalecía una postura antigongorina y anticonceptista. Criticó también a escritores contemporáneos suyos, como a Ignacio Ramírez —“el Nigromante”— y a Manuel Acuña, lo cual le valió la censura de otros contemporáneos suyos, como Manuel Sánchez Mármol, que cuestionó la falta de sensibilidad poética de Pimentel⁷.

Por otra parte, este descrédito como crítico parcial y sesgado sin duda se ahondó por la postura política que Pimentel adoptó durante una época crítica en la historia de México. En plena lucha entre los conservadores, partidarios de la imposición del reinado de un príncipe europeo en México, y los liberales, defensores de la independencia republicana, Pimentel colaboró con el imperio de Maximiliano, aceptando varios cargos y honores públicos⁸.

⁷ Dice MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL sobre nuestro autor: “Don Francisco Pimentel es autor de un grueso volumen intitulado: *Historia crítica de la poesía en Méjico*, afortunada muestra de su rica erudición en literatura, mas no adecuada a hacer aceptables sus doctrinas. Pimentel pecó por el rigorismo, por la nimia severidad, por un incondicional apego a las reglas, en las que cifraba todo el secreto del éxito de la poesía versificada. Maduro, docto, recto y honrado, faltóle una sola condición para ser celebrado crítico en la materia que trató: faltóle el sentimiento poético, lo que le incapacitaba para juzgar a los poetas, a quienes, antes que aplicarles el cartabón de la métrica, hay que sentirlos. No es, por tanto, extraño que Pimentel haya criticado con notoria acerbidad las poesías de D. Ignacio Ramírez, sin perdonar las de D. Manuel Acuña”; cf. *Las letras patrias*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México, 1982, p.92 [1ª ed., 1902].

⁸ Véase la reseña que hace FRANCISCO SOSA de la colaboración de Pimentel con el imperio. En la “Noticia preliminar...” citada, dice Sosa: “Los empleos y cargos honoríficos que Pimentel obtuvo del Imperio, fueron: el de regidor del Ayuntamiento de la Capital, el de Prefecto político de la misma ciudad [al] que renunció, y el de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Madrid, que admitió pero que no llegó á desempeñar. El Imperio le reconoció el título de Conde de Heras que tenía de sus antecesores por la línea materna, y le nombró Chambelán. Hay que advertir que no

Si bien esto provocó la censura y la animadversión de algunos literatos, su enorme sabiduría y solidez académica le valieron el respeto de la mayoría de los grandes intelectuales liberales de su época, como Ignacio Manuel Altamirano y José María Vigil. Éstos siguieron admirando su erudición y dialogando con él dentro de las instituciones más influyentes del país, como el Liceo Hidalgo, que reunía a las personalidades más destacadas de la cultura en México.

A pesar de los rígidos juicios y de la postura conservadora de Pimentel, su amplia gama de información, sus fuentes, datos y noticias, y muchos de sus análisis y comentarios críticos fueron la base y el punto de partida de la mayoría de las historias literarias posteriores. Veamos, pues, cuáles fueron sus principales ideas sobre la literatura para poder valorar mejor la contribución de su obra al conocimiento de nuestras letras.

Para Pimentel la definición de arte se identifica con la de literatura. Según él, “el arte es la representación sensible del bello ideal”, y se opone radicalmente al antiguo principio cuya concepción es que “el arte es la imitación de la naturaleza”⁹. Al cuestionar la idea clásica de “imitación”, Pimentel rechaza la posibilidad de que en el arte lo mismo quepan “lo bueno que lo malo, lo bello que lo feo, la virtud que el vicio, lo agradable que lo repugnante”¹⁰. Así, Pimentel califica de “depravada” a la literatura francesa, en especial a Eugène Sue, a Victor Hugo y a Émile Zola¹¹. Sin embargo, tampoco llega al extremo opuesto de identificar todo lo bueno con lo bello, sino que afirma que “el arte no es una perfecta realidad, ni tampoco una ilusión pura; es como una fluctuación entre la ficción y la verdad, y he aquí su prerrogativa: elevarnos del mundo real sin inducirnos a la falsedad y al engaño”¹².

Sus modelos, en lo que respecta a una teoría del arte, son las ideas estéticas del romanticismo alemán, en particular de Hegel¹³, Fichte y Schlegel. En relación con este último conviene recordar que Schlegel considera fundamental que, aunque cada obra de

había antes del Imperio figurado en la política ni desempeñado cargo alguno, ni escrito en favor de ningún partido”. Cf. *Obras*, t. 1, p. cv.

⁹ *Obras*, t. 4, p. 7.

¹⁰ *Obras*, t. 4, p. 11.

¹¹ *Obras*, t. 4, pp. 11-12.

¹² *Obras*, t. 4, p. 19.

¹³ Véase CARL J. FRIEDRICH (ed.), “Selections from *Lectures on aesthetics*”, en *The philosophy of Hegel*, The Modern Library, New York, 1954, pp. 333-395.

arte sea un objeto único en sí mismo, hay que entenderla también como parte integral de una serie que forma un todo¹⁴. Por lo tanto, para estudiar y analizar la obra literaria hay que partir de las demás obras que la han precedido, y también a partir de las que la siguen. Esta idea de continuidad e influencias mutuas en el arte es importante para comprender la obra de Pimentel, ya que el autor trata de integrar en un todo la información que hasta ese momento, en México, se había dado aisladamente sobre obras, autores, épocas, formas literarias, estilos, influencias, etc. Por eso la *Historia crítica de la poesía en México* y los *Novelistas y oradores mexicanos* pueden considerarse la primera historia sistemática de la literatura mexicana.

De acuerdo con estas ideas sobre el arte, Pimentel cree que el oficio de la crítica es ser imparcial, elogiar lo bueno y reprender lo malo, y exponer con profundidad las razones en las que se funda. Es decir, dentro de una visión tan personal de la literatura, Pimentel intenta fundamentar lo más objetivamente posible, y del modo más sistemático y riguroso todos sus juicios. Además, el autor se exige siempre a sí mismo tener en cuenta tanto los aspectos temáticos como los formales: “La crítica para que sea completa —afirma— debe abarcar *lo formal* y *lo esencial* de las composiciones literarias, porque todas ellas constan de dos elementos, forma y sustancia”¹⁵.

Otro aspecto fundamental de la obra de Pimentel, como de muchas otras historias literarias y obras críticas del siglo XIX, es la preocupación por situar la literatura dentro de marcos nacionales. En su “Epílogo” a la *Historia crítica de la poesía en México*, esboza una especie de teoría de la literatura y concluye con cuatro puntos básicos: “1º La poesía mexicana no ha llegado todavía a la posible perfección, sin poder aspirar aún al título de verdaderamente nacional. 2º Sin embargo, [declara que ésta] tiene un mérito relativo. 3º [Explica las] Causas de los defectos que se observan en la poesía mexicana. 4º [Propone el] Modo de corregir esos defectos”¹⁶. En estas propuestas para lograr una literatura nacional original y novedosa, Pimentel coincide con otros crí-

¹⁴ Sobre las teorías estéticas que tuvieron mayor influencia en esta época, véase BEATRIZ GONZÁLEZ STEPHAN, *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Casa de las Américas, La Habana, 1987, que estudia tanto los modelos liberales como los modelos conservadores en la Hispanoamérica de esa época.

¹⁵ *Obras*, t. 4, p. 22.

¹⁶ *Obras*, t. 5, p. 212.

ticos de su época, opuestos a él ideológicamente, como el liberal Ignacio Manuel Altamirano. Al referirse a esta falta de originalidad, dice Pimentel:

Aun la propensión a imitar no sólo lo feo sino lo bello, ha dado por resultado que carezcamos de un poeta primitivo, verdaderamente original en toda la acepción de la palabra [...]. La tendencia de los mexicanos a la imitación, viene desde que se hizo la conquista y llega hasta nuestros días: en este concepto, la diferencia entre la poesía colonial y la independiente, consiste en que antiguamente la imitación casi se reducía a la de los escritores que privaban en España, mientras que después se han tomado modelos en las diversas literaturas, resultando nuestra poesía moderna menos monótona y menos sistemática¹⁷.

Si comparamos este texto con uno de Altamirano, que a diferencia de Pimentel ha sido ampliamente reconocido, reeditado y estudiado, veremos que la semejanza entre uno y otro es muy grande. En uno de sus escritos de 1870 sobre la poesía Altamirano dice:

Hay que tener en cuenta otras causas que [...] han impedido la marcha rápida de la literatura [...]. La primera [...], debemos decirlo con entera franqueza, es la propensión a imitar. Éste no es un defecto exclusivo de nuestra actual generación literaria; es un vicio hereditario, es una manía adquirida en el colegio, o inspirada por consejeros poco ilustrados o meticulosos [...]. No: cada país debe tener su poesía original. Garcilaso, Villegas y todos los españoles, están bien en España. Los franceses deben servir de modelos en Francia [...]. ¿Por qué, pues, en México no se fundó esta escuela nacional que nos habría hecho presentarnos en el concurso poético de las naciones con nuestra riqueza propia?¹⁸

Altamirano y Pimentel coinciden también en pensar que para llegar a tener una literatura mexicana original era necesario que hubiera más literatura épica sobre las gestas de los héroes y las glorias de México y que se escribieran más elegías nacionales. Pero mientras Altamirano creía que la solución residía en la construcción de esa épica nacional¹⁹, Pimentel sabía que la épica y las ele-

¹⁷ *Obras*, t. 5, pp. 212-213.

¹⁸ IGNACIO M. ALTAMIRANO, "De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870", en *Obras completas: Escritos de literatura y arte*, SEP, México, 1988, vol. XII, t. 1, pp. 191 y 195.

¹⁹ JOSÉ LUIS MARTÍNEZ explica acertadamente los deseos épico-naciona-

gías al país —que de hecho ya existían—, por sí solas no le darían originalidad a nuestra literatura, si no estaban acompañadas de más ingenio creador, menos imitación literal, más educación y cultura generales y mayor maestría en el conocimiento y manejo de las formas literarias²⁰.

Ambos autores estaban profundamente preocupados por impulsar la originalidad de la literatura mexicana, pero hay una diferencia esencial entre los dos. Para Altamirano esa originalidad comenzaría cuando se terminara con toda filiación de las literaturas hispanoamericanas con la literatura española peninsular. Para este crítico liberal era imprescindible que el corte, el alejamiento y la independencia de las literaturas de América se dieran, no sólo en el estilo, la temática, la forma, etc., sino también en la lengua misma. Altamirano deseaba que el español hablado en cada uno de los países hispanoamericanos se independizara del peninsular, al grado de que la lengua de cada país se convirtiera en una lengua nacional, nueva y propia, de modo semejante a la fragmentación que había tenido lugar en la Edad Media, con el latín en la Romania:

listas de Altamirano y, paradójicamente, su olvido y desconocimiento de nuestra literatura indígena: “Creía también el maestro que para que la nuestra fuese una literatura orgánica y no le faltasen las raíces, precisábamos de una poesía épica, salud vigorosa de las letras y fundamento de toda expresión y conciencia nacionales. Advertía melancólicamente la inconsistencia y la fugacidad de nuestros cantores épicos y cívicos y la propensión de nuestros poetas hacia el sentimentalismo quejumbroso. No llegó a comprender que sólo dentro de nuestra propia índole podíamos desarrollarnos y que, acaso, nuestra épica había quedado en los oscuros textos indígenas...”; cf. “El maestro Altamirano”, en *La expresión nacional*, Imprenta Universitaria, México, 1955, p. 78. La parte citada está reproducida en el “Prólogo”, del mismo J. L. Martínez, a IGNACIO M. ALTAMIRANO, *Obras completas: Escritos de literatura y arte...*, vol. XII, t. 1, p. 13.

²⁰ Dice PIMENTEL: “De poesía descriptiva y narrativa tenemos ya mucho bueno, pero falta bastante para completar el gran cuadro de nuestras costumbres, historia y naturaleza. En esa línea el vacío más importante que se nota es el de no existir un buen poema sobre la Conquista de México, argumento digno, en muchos conceptos, ya que no de una verdadera epopeya, al menos de un poema histórico ó caballeresco. No es menos de sentirse la falta de un romancero nacional completo, el cual se refiera á nuestra historia antigua, la de la época colonial, la de la guerra de independencia, y aun a algunos episodios contemporáneos que pueden poetizarse”; cf. *Obras*, t. 5, p. 213. Más adelante aclara: “En la poesía mexicana no faltan argumentos nacionales; v. gr. en lo lírico «El soldado de la Libertad» por Fernando Calderón...”, y da más ejemplos; cf. *Obras*, t. 5, p. 216.

Los pueblos americanos tuvieron su lengua, después tuvieron sus libertades y sus instituciones políticas, luego tuvieron su literatura. Asumieron su derecho en materia de nacionalidad y pudieron asumirla en materia de idioma. No ha procedido de otro modo España, después de que se ha ido emancipando de la dominación de los cartagineses, de los romanos, de los bárbaros y de los árabes [...]. Las lenguas castizas son estatuas modeladas en diferentes barros: ¿por qué no ha de formarse una en cada nación de la América Latina?²¹

Menos radical, pero a fin de cuentas, más realista y más moderna, resulta la postura de Pimentel a quien le parece natural que las literaturas en lengua española estén estrechamente emparentadas entre sí, y que la lengua española en que se escriben sea la misma para todas:

Los mexicanos tenemos por idioma nacional y, en consecuencia, de nuestra literatura, el castellano, pues aunque vino de Europa, se ha establecido aquí, substituyendo a los idiomas indígenas, de los cuales unos han muerto y otros se acercan a su fin.

Las variaciones que el castellano presenta en México, respecto de España, no son bastantes para formar un dialecto aparte, y sí para estropear el modo de expresarse propio y correcto, según explicamos, contrariando a D. Ignacio Altamirano [...]. Ahora bien, como México no se hizo independiente de España sino hasta 1821, antes de esa fecha, nuestra literatura se confunde con la de aquella nación, nuestra poesía es una rama de la española, nuestros poetas pertenecen al mismo tiempo a España y a México. Por esta razón vemos que aunque Sor Juana Inés de la Cruz nació y vivió en México, figura en algunas historias de la literatura española, como la de Ticknor y la de Alcántara. Sucede lo mismo con Alarcón: pertenece a España, porque allí floreció; pertenece a México, porque aquí nació, hizo sus principales estudios y tuvo sus primeras inspiraciones dramáticas...²²

Ya José Luis Martínez, uno de los pocos críticos que han destacado la importancia de Pimentel, mencionó la polémica que éste y Altamirano sostuvieron en el Liceo Hidalgo a propósito de la lengua que debía ser la propia de nuestra literatura. Mientras

²¹ IGNACIO M. ALTAMIRANO, "Prólogo a *Pasionarias* de Manuel M. Flores", en *Obras completas: Escritos de literatura y arte*, selección y notas de José Luis Martínez, SEP, México, 1988, vol. XIII, t. 2, p. 211.

²² FRANCISCO PIMENTEL, *Obras*, t. 5, pp. 215-216.

Pimentel abogaba porque en México, y en general en Hispanoamérica, se usara una lengua escrita que en su forma culta fuera la misma que la del español peninsular, Altamirano pretendía la ruptura total, incluso la lingüística, con España. Aunque los textos de esta polémica no se conocen directamente, Pimentel mismo hace la siguiente referencia a esas discusiones:

Altamirano, en el Liceo Hidalgo, dijo una vez discutiendo con nosotros “Que así como en México había habido un Hidalgo, el cual en lo político nos hizo independientes de España, debía haber otro Hidalgo respecto al lenguaje”. Le contestamos: “Que no sólo un Hidalgo de éstos, sino varios, se hallaban en el portal de Santo Domingo de México y eran los escribientes públicos, bárbaros, ignorantes, a quienes nuestro pueblo llama *Evangelistas*, los cuales en toda su plenitud usan la jerigonza recomendada por Don Ignacio”²³.

A fin de cuentas, podemos ver que nuestros dos autores coinciden en su idea de que la literatura nacional es la escrita en español, ya sea acompañada del ideal de unidad lingüística de Pimentel o del concepto de una lengua fragmentada de Altamirano; pero vuelven a diferir en cuanto al dominio que abarca la literatura mexicana. Por un lado, Pimentel habla de la existencia de una literatura indo-hispana, pero considera que las literaturas en lenguas indígenas son más bien objeto de estudio de otras disciplinas, como la lingüística, y que no deben considerarse propiamente “literatura”, puesto que ésta se reduce para él a la producida por las culturas occidentales y escrita en lenguas indoeuropeas. Explica Pimentel:

La literatura de México propiamente dicha, desde que se hizo la conquista, es la que consta de arte europeo e idioma castellano, porque éste es el dominante en nuestro país, en todas materias [*sic*], en lo oficial, lo científico, lo literario y el trato común, mientras que los idiomas indígenas se han convertido o se van convirtiendo en lenguas muertas, con la circunstancia de carecer de literatura, lo que no sucede con otros idiomas muertos, como el sánscrito, el griego y el latín. Esto supuesto, lo que nos queda de la literatura indo-hispana más bien debe considerarse como una parte de la lingüísti-

²³ F. PIMENTEL, *Obras*, t. 5, p. 134. Véase también, de JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, “La emancipación literaria en México”, *CuA*, 1951, núm. 2, pp. 190-210, y especialmente p. 204.

ca, y en tal concepto no haremos aquí otra cosa, respecto de aquella, sino citar, por vía de ejemplo, algunas obras²⁴.

A pesar de ese marcado eurocentrismo, Pimentel es de los pocos críticos de la época que menciona las literaturas en lenguas indígenas y les dedica unos cuantos párrafos, aunque no las estudie sistemáticamente. En esto contrasta con Altamirano quien, a pesar de su obsesión porque se creara en México una literatura verdaderamente nacional con una épica y lengua propias, no las menciona ni toma en cuenta los textos indios antiguos, las crónicas de la conquista, ni otras literaturas posteriores escritas en lenguas indígenas que podrían darle un carácter único a la literatura mexicana, sino que se concentra sobre todo en la literatura del siglo XIX. Paradójicamente, una vez más la postura del conservador Pimentel resulta más moderna y más abarcadora y científica que la del liberal Altamirano.

Estos dos críticos, tan opuestos ideológicamente, coinciden en otro tema. Ambos piensan que las lenguas aborígenes de México, más que una riqueza cultural son un lastre para la sociedad mexicana después de la independencia. En ambos casos esta concepción resulta sorprendente. En lo que respecta a Pimentel, porque a pesar de ser uno de los grandes lingüistas de su época, pionero en el estudio científico de las lenguas indígenas en toda América, incluidos los Estados Unidos, y reconocido internacionalmente toma las lenguas sólo como objeto de estudio de laboratorio sin percatarse de su dimensión y de su riqueza cultural. Aunque esta actitud fuera común a los lingüistas que en el siglo XIX estudiaban otras lenguas que no fueran las indoeuropeas, resulta sorprendente en un contexto nacional donde las lenguas indígenas eran una parte viva y cotidiana de la cultura de México. Sin embargo, ya vimos en la cita anterior que Pimentel pronostica tajantemente que estas lenguas que —según él— carecen de literatura, pronto serán lenguas muertas.

En el caso de Altamirano, esta coincidencia de opinión resulta sorprendente, en vista de su ideología liberal y democrática y de su extremo nacionalismo y dado también su propio origen indígena. Según José Luis Martínez, sus padres eran “indígenas puros, [que] habían heredado su apellido del español Juan Altamirano, padrino de uno de sus ascendientes”, y es probable que Ignacio Manuel no conociera el español antes de comenzar la

²⁴ Citado de *Obras*, t. 4, p. 63.

escuela²⁵. Sin embargo, Altamirano se lamenta de que durante la colonia los frailes, la Corona y las autoridades virreinales no hubieran enseñado español a todos los habitantes, y, sobre todo, no hubieran acabado con las lenguas indígenas. En este sentido, Altamirano escribe:

En efecto, [la castellanización] debía haber continuado hasta generalizar el idioma español, es decir, hasta lograr que la raza indígena lo hablase de preferencia a las lenguas antiguas, y si hubiera sido posible con entera exclusión de éstas.

¿Qué se habría perdido? Un enjambre de lenguas y dialectos del que hoy apenas sacan un mezquino provecho la Arqueología y la Filología [...].

Pero en cambio la civilización habría ganado inmensamente, dando a la pobre raza indígena, con la lengua española, una clave mejor para penetrar los secretos de la cultura europea, unificando los intereses de la nacionalidad y haciendo posible la homogenización que debía constituir fisiológica y políticamente hablando la gran fuerza del pueblo²⁶.

A través de estas comparaciones, resulta fácil ver cómo —por razones no siempre científicas— se han exagerado los aspectos negativos de la obra de Pimentel, y cómo, en cambio, se ha tomado a Altamirano como una especie de héroe nacional de la crítica literaria mexicana. Pimentel, como Altamirano, son productos de su época y de sus divisiones y enfrentamientos: uno conservador, el otro liberal. Ambos eran inteligentes y cultos, aunque Pimentel, además, poseía una gran erudición y sólida formación científica; ambos trabajaron intensamente, aunque por distintos caminos, para buscar la cohesión y las características de la llamada literatura mexicana. Si Altamirano estimuló positivamente a sus contemporáneos, y también a los escritores del siglo xx, para que a través de la literatura se contribuyera a conformar un concepto de nacionalidad, Pimentel, por otra parte, sentó las bases de nues-

²⁵ “El maestro Altamirano”, en *La expresión nacional*..., p. 55.

²⁶ “Generalización del idioma castellano”, en *Antología*, selección y prólogo de Nicole Giron, UNAM, México, 1981, pp. 77-78. Más adelante, insiste Altamirano en lo nefasto que ha sido, según él, que subsistan las lenguas y las culturas indígenas: “El resultado ha sido, pues, que el aislamiento, miseria e ignorancia de las razas antiguas de México han continuado hasta nuestros días, y hoy mismo presentan el espectáculo desconsolador de un pueblo semibárbaro y abyecto, viviendo en medio de castas civilizadas sin obtener ninguna mejora de su contacto diario con ellas”; *ibid.*, p. 79.

tra historiografía literaria, al producir una obra en la que sistematizó todo el conocimiento de la literatura que había llegado hasta su época. En este respecto, Pimentel nos legó una construcción de gran solidez y dejó el camino abierto, con un acceso fácil y rápido, al estudio de la producción poética y a gran parte de la narrativa mexicana, desde sus inicios en la colonia hasta fines del XIX.

En nuestros días, si queremos hacer de nuestra historiografía literaria una disciplina seria y consciente, resulta necesario volver a las fuentes críticas, revalorarlas sin prejuicios y extraer de ellas una riqueza de conocimientos, ideas y polémicas críticas que nos sirvan para interpretar mejor nuestro pasado literario.

BEATRIZ GARZA CUARÓN
El Colegio de México